

---

## Reflexiones sobre el Orden Mundial

---

### *Continuación*

La revista *Psicología Política* inició en su número anterior un foro de reflexión sobre la problemática de las formulaciones de un Nuevo Orden Mundial, en el que distintos científicos sociales como Brewster Smith, J.Seoane, R.Dillehay y G.Pasquino expusieron su valoraciones personales sobre los últimos acontecimientos internacionales y las bases necesarias para un Orden internacional justo y democrático.

Como ya dijimos en la presentación de este foro de reflexiones, nuestro siglo es testigo de una verdadera conmoción tanto en el escenario de las naciones como en la propia esfera de la organización internacional. Algunos de los indicadores de este cambio drástico del mapa político internacional son, por mencionar los más sobresalientes, el final de la guerra fría, la reorganización política y económica de la mayoría de los países del Este, la unificación de los Estados Alemanes, el proyecto de una unidad económico-política en Europa, el conflicto exacerbado de los países de Oriente Medio, y el estado actual de las democracias occidentales. Toda esta polémica no es ajena a los psicólogos políticos ni lo ha sido tampoco desde que se iniciara al final de los setenta cuando, desde campos científicos distintos, se empezó a hablar de "futuros mundos posibles", de "educación para la paz", se polemizaba sobre las relaciones entre democracia, conflictos bélicos internacionales y actitudes nacionalistas versus internacionalistas de los ciudadanos y de sus pueblos, por citar algún ejemplo.

La revista *Psicología Política* no quiso eludir este debate; por ello, nos ha parecido importante continuar esta sección de reflexiones sobre *Psicología Política y Orden Mundial* con otros especialistas que desde el principio de la apertura de estas reflexiones aceptaron colaborar. También a ellos se les planteó la posibilidad de que en pocas páginas expusieran desde un punto de

vista personal —no desde un análisis técnico— su valoración e interpretación tanto de los últimos acontecimientos bélicos internacionales como su visión sobre la formulación de un Orden Mundial y formas alternativas de organización internacional. Los participantes son:

**Kenneth Gergen**

Profesor de Psicología en el Swarthmore College, Pennsylvania (EE.UU.). Uno de los máximos representantes del movimiento del construccionismo social en la psicología actual. Junto con J.Shotter es editor de la Serie *Inquiries in social construction*. Es miembro de diversas organizaciones profesionales, entre ellas de la *European Association of Experimental Social Psychology*. Pertenece al Consejo Asesor de *Psicología Política*.

**Elena Ibáñez**

Psiquiatra y Catedrática de Psicología de la Personalidad en la Universidad de Valencia. Previamente fue profesora en la Universidad de Santiago. Es miembro de diversas organizaciones profesionales, entre ellas la *European Association of Personality Psychology* y la *International Psychosocial Oncology Society*; asimismo es miembro del Consejo Editorial *Boletín de Psicología* y pertenece al Consejo Asesor de *Psicología Política*.

**William F.Stone**

Es profesor de la Universidad de Maine (EE.UU.). Es uno de los representantes de la Psicología Política Norteamericana, habiendo realizado numerosas aportaciones al debate sobre autoritarismo. Pertenece a la *International Society Political Psychology*, fue editor asociado de *Political Behavior* y de *Micropolitics*, pertenece al Consejo Editorial de *Political Psychology*, y de *Psicología Política*.

Adela Garzón

## **EL DESAFIO DEL ORDEN MUNDIAL**

***Kenneth J. Gergen***  
Swarthmore College

---

---

Existe actualmente una gran discusión -fundamentalmente optimista- sobre el surgimiento de un orden mundial. Con la desaparición de la oposición comunista a los sistemas económicos capitalistas, el desarrollo de una comunidad europea, y la colaboración internacional contra la invasión iraquí de Kuwait, muchos ven la posibilidad de desarrollar una democracia real en todas las naciones. Tal orden, se dice, puede servir para evitar la guerra, suprimir la pobreza y el hambre, limitar el crecimiento de población, erradicar la injusticia humana e implantar políticas dirigidas al bienestar ecológico. Al mismo tiempo, este modo de pensar mantiene una concepción muy tradicional del poder. Esta concepción estructural entiende que el orden debe surgir de arriba-abajo, esto es, como resultado de las organismos gobernantes (que idealmente actúan desde principios democráticos y se guían por la deliberación racional), cuyas políticas y leyes producen orden en el mundo caótico y sin dirección del gobierno general (1). Así, se argumenta, cuando las personas son abandonadas a sus propios recursos el resultado es probablemente la muerte, el hambre, la superpoblación, el desastre ecológico, y así sucesivamente. Si se quiere evitar tales problemas, debe imponerse un orden por organismos que puedan, por su posición, examinar la situación desde una perspectiva más amplia, deliberar sobre las posibles políticas, y prudentemente hacer un plan y reforzar los efectos de esta planificación.

Aunque no puede negarse el peso de esta tradición, yo propondré en adelante que el modelo estructural del orden mundial es cada vez menos adecuado para las condiciones emergentes. Más aún, que aunque el mundo pueda estar dirigiéndose hacia el orden, esta transición va a costar un gran conflicto. El principal desafío será la aparición de una gran proliferación de puntos de conflicto.

Estas afirmaciones se fundamentan en gran medida en reflexiones sobre la comunicación mundial. El poder estructural en su forma tradicional actúa más eficientemente en condiciones de desigualdad en la eficacia de comunicación, es decir, cuando la comunicación funciona mejor entre la clase dirigente que entre los gobernados. Aquí, por funcionar mejor entiendo tanto la eficacia de la comunicación interna del grupo, como la capacidad de éste para dar conocer sus puntos de vista al exterior. En consecuencia, el poder estructural es óptimo cuando los miembros del gobierno pueden comunicarse eficientemente entre ellos mismos (coordinando así políticas y planes), y pueden comunicar las políticas y su argumentación a la sociedad general; mientras que ésta, paralelamente, tiene poca capacidad de coordinar sus acciones y pocos medios para coordinar sus puntos de vista. Ni siquiera una fuerza militar externa podría gobernar una población si sus redes de comunicación interna estuviesen interrumpidas, su comunicación con la población suprimida, y la población tuviera capacidad tanto para coordinar sus acciones como para transmitir sus posiciones racionales a los extraños.

Creo que en nuestra centuria está cambiando la disparidad tradicional en la capacidad de comunicación --una disparidad que favorece más a las clases dirigentes que a los dirigidos. Esto se debe fundamentalmente a las tecnologías que han ampliado enormemente la capacidad de comunicación de la sociedad general. En este siglo, el transporte por ferrocarril, el automóvil, el teléfono, la radio, el cine, la publicación masiva y el transporte aéreo ya han cambiado de forma drástica el panorama cultural. La propulsión por reacción, la televisión, la informatización y la transmisión vía satélite están aumentando exponencialmente las capacidades de comunicación. Además, estas tecnologías de *saturación social* (Gergen, 1991) son cada vez más populares. Es decir, están diseñadas para la participación a gran escala (y así, su manufactura frecuentemente depende de ventas por todo el mundo). En efecto, existe una capacidad extendida uniformemente entre "los gobernados" para comunicarse entre ellos mismos, y para dar a conocer sus puntos de vista a los que están por encima de ellos. Los gobiernos centralizados tienen cada vez más dificultades para imponer orden, puesto que no son capaces de mantener el control sobre los procesos locales de comunicación. La forma estructuralista del poder está cediendo lentamente ante un proceso "capilar" (Foucault, 1978) o periférico.

Por ejemplo, a pesar de los considerables intentos del régimen comunista ruso para aislar la cultura de influencias contaminantes, la cultura occidental

ha penetrado de muy diversas formas (e.g. radio, turismo, intercambio internacional, libros, etc.). Cuando el programa comunista se derrumbó, la población ya estaba preparada en muchos aspectos para la alternativa occidental. Del mismo modo, gracias a la radio, el teléfono y las multicopistas una parte minúscula de la población china fue capaz de concentrarse en la plaza de Tiananmen; con la ayuda de cables, transmisión por satélite y televisión consiguieron el apoyo mundial suficiente para poner en peligro a su gobierno. Existen otros muchos ejemplos que podrían añadirse, y no hay métodos sencillos con los que contrarrestar este cambio en las relaciones de poder.

La capacidad de comunicación no sólo ha dejado de ser un lujo privado de la clase gobernante, sino que además las tecnologías actuales reducen los efectos de la geografía sobre la comunicación. Con el ferrocarril, el teléfono y la radio, la capacidad para conectar con largas distancias se ha reducido drásticamente; con los computadores y la transmisión por satélite ahora cualquiera puede mantener múltiples relaciones a nivel mundial. Y, si es necesario, las personas de lados opuestos del globo podrían encontrarse para discusiones privadas en el plazo de 24 horas. Tales tecnologías ya han hecho posible que gran número de negocios estén por encima de las esferas nacionales y locales. No solamente algunas multinacionales han llegado a ser prósperas sino que sus ganancias son mayores que los presupuestos nacionales de muchas naciones. Tal como piensan los analistas, las multinacionales forman ahora un poder básico que no solamente atraviesan las fronteras nacionales, sino que frecuentemente determinan las políticas de los gobiernos nacionales. Sin embargo, tales capacidades para unificar intereses y provocar políticas ya están disponibles en todos los niveles de la sociedad. Un pequeño y reprimido grupo étnico en una parte aislada de un país -sin voz y fuerza- ahora se hace poderoso uniéndose con todos los grupos similares de la nación -o de otras naciones. En los Estados Unidos, las feministas, los indios, los negros, los jóvenes, los pobres, los asiáticos, los homosexuales y los cristianos fundamentalistas -por citar algunos- han desarrollado redes nacionales de considerable importancia. Y en la esfera internacional existen actualmente alrededor de 20.000 organizaciones transnacionales dedicadas al cambio social, que en su mayor parte ha surgido popularmente desde 1950. El *Hunger Project*, el *World Health Assembly*, y el *International Physicians for the Prevention of Nuclear War* son algunas de las más destacados. Y el número de tales movimientos continúa creciendo (Cooperrider and Pasmore, 1990).

Por tanto, en un sentido amplio, el desarrollo de tecnologías de comunicación nos colocan en una posición en la que muchos aspectos del orden se realizan sobre la marcha. En el mundo existe un crecimiento capilar hacia el orden -hacia la coordinación mutua de lenguajes, perspectivas, valores y acciones. Estos movimientos auto-organizativos tienen lugar al margen de los estados nación, y se producen atravesando todas las fronteras excepto las producidas por las limitaciones tecnológicas (ver también Tenbruck, 1990). Existen razones para confiar a la larga en estos movimientos. El orden impuesto estructuralmente se basa normalmente en premisas abstractas y descontextualizadas. Las organizaciones alejadas del tumulto de la solución de los problemas cotidianos construyen reglas abstractas o establecen disposiciones sin tener en cuenta las condiciones locales. Por el contrario, los movimientos populares suelen estar más cercanos a las circunstancias de la vida diaria, y confían menos en conjuntos abstractos de leyes o principios que en el diálogo permanente. El poder estructural tiende a mantenerse como una entidad abstracta, a pesar de los costos para los que forman la estructura en el nivel concreto. Así, los estados nación pueden reducir los recursos nacionales y sacrificar a sus ciudadanos en una batalla para mantener el concepto abstracto de ellos mismos. Un estado nación puede "ganar una guerra", aún cuando su población sea diezmada y los ciudadanos reducidos a deshecho. Los nuevos centros de poder en desarrollo están más relacionados con el bienestar de los participantes individuales, mientras que las entidades abstractas son secundarias. (2) Por último, las nuevas tecnologías facilitan que las culturas se mezclen y transformen de una forma que el poder estructural rara vez lo permite. De esta manera el Orden Mundial no es impuesto desde culturas extrañas, sino que surge de una base intercultural recientemente formada (ver también Bergesen, 1990).

Sin embargo, este panorama es demasiado entusiasta. Porque esta pluralidad de movimientos hacia el orden mundial conlleva simultáneamente un potencial de enorme conflicto. Cada una de estas comunidades autoformadas tenderán hacia una realidad interiorizada -es decir, hacia una forma de construcción del mundo y de ellos mismos que unifica a los participantes y les proporciona la justificación para la acción. Cuando las realidades interiorizadas estén forjadas y establecidas, inevitablemente entrarán en conflicto con las formulaciones de otras comunidades. (3) El potencial de conflicto se intensifica en función del carácter hegemónico de la mayoría de las realidades interiorizadas. Una vez que han asimilado un sistema de comprensión

-asumiendo su ontología y estructura de valores- se convierten en una realidad apremiante. Cuando el mundo es visto desde las lentes locales, la realidad local parece superior a cualquier otra. Así, los miembros de los grupos más religiosos desearían incorporar a la población mundial; las feministas no descansarán, en principio, hasta que todas las mujeres tomen conciencia; aquellos que abogan por la conciencia ecológica lucharán para que todas las personas participen en ella. Por tanto, nos enfrentamos a una situación en la que existe un número constantemente creciente de reivindicaciones, y con cada una de ellas un enemigo potencial, con cada afirmación apasionada una firme contra-afirmación. Así pues, no nos enfrentamos a contiendas dentro del campo limitado de estados nación, sino a la posibilidad de una cacofonía global de intereses enfrentados.

De hecho, tenemos que afrontar los movimientos mundiales hacia el orden, y a al vez el surgimiento de la fragmentación y multiplicación de hostilidades. En este último aspecto es en el que yo veo uno de los retos más importantes para una psicología comprometida políticamente. También nosotros representamos tendencias hacia el orden global -cuando relacionamos nuestros puntos de vista entre continentes utilizando múltiples sistemas (incluyendo esta revista). En la búsqueda de una comprensión común dejamos de lado muchas de nuestras diferencias nacionales, políticas, étnicas y económicas. A la vez, en aras de nuestros compromisos intelectuales, estamos dispuestos a considerar no nuestros propios intereses sino los intereses generales de todas las gentes del mundo. Es decir, no necesitamos estar investidos en el crecimiento hegemónico de algo llamado "psicología política". Por el contrario, estamos en situación de considerar la articulación múltiple de racionalidades en competición, y la posibilidad resultante de conflicto global. Tal posibilidad nos enfrenta a un reto intelectual básico: el desarrollo de descubrimientos teóricos sobre cómo resolver conflictos entre paradigmas de comprensión mutuamente excluyentes. Más importante, mi esperanza es que nos movamos más allá de las barreras de la academia, y comencemos a situar estos hallazgos en la práctica. Las consecuencias para el bienestar humano podrían ser fundamentales.

## **Notas**

1. Ver también la caracterización y crítica de Falk (1983) a éstas orientaciones "modernista" y "neo-modernista" (como las denomina) del poder.

2. Relacionado con esta diferencia está la tendencia de los funcionarios de los estados naciones a pensar en sus acciones en una sola dimensión, esto es, en términos de beneficios estatales. Por el contrario, en el caso de las negociaciones informales, los participantes pueden reconocerse como entidades plurales -como miembros de familias, comunidades, grupos religiosos, grupos étnicos- y posiblemente naciones.
3. Este tipo de conflicto es prácticamente inevitable, puesto que la mayoría de los grupos se definen en términos de aquello contra lo que luchan. En el conflicto del aborto, las reivindicaciones a favor en gran medida se definen por su oposición al movimiento pro-vida; los movimientos religiosos derivan sus motivaciones desde su visión crítica de los no religiosos.

## Referencias

- Bergesen, A. (1990): Turning world-system theory on its head. In M. Featherstone (Ed.): *Global culture*. London: Sage.
- Cooperrider, D.A.-Pasmore, W.A. (Eds.): *Human Relations*, (Fall, 1990).
- Falk, R. (1983): *The end of world order*. New York: Holmes and Meier.
- Foucault, M. (1978): *The history of sexuality*, Vol.1. New York: Random House.
- Gergen, K.J. (1991): *The saturated self*. New York: Basic Books.
- Tenbruck, F.H. (1990): The dream of a secular ecumene: The meaning and limits of policies of development. In M. Featherstone (Ed.): *Global culture*. London: Sage. *Psicología Política*, N° 3, 1991, 91-95

## EL INDIVIDUO ANTE EL "NUEVO ORDEN MUNDIAL"

*Elena Ibáñez*

Universidad de Valencia

---

---

En 1989 Fukuyama vaticinaba el «Fin de la Historia», y en aquel entonces intelectuales de todos los países recelaban no sólo de sus premoniciones sino también del significado que éstas encerraban. En 1990 presenciamos como la Historia, como si de un simple muro se tratara, se resquebrajaba y un nuevo fantasma, el de la "Guerra", aparecía asolando al mundo; entonces comprendimos lo que el "fin de la Historia" significaba. Sobre los espectros que toda contienda entraña, en 1991 se levantó una voz que preconizaba el resurgir de «otra historia», y aquellas palabras malditas, «el nuevo orden», que los europeos habían intentado olvidar, volvieron a hacer su aparición no sólo en el país de los vencedores sino también en los de aquellos que les secundaron, entre ellos España. Todas las campanas se lanzaron al vuelo, y en lugar de palomas mensajeras los medios masivos de comunicación daban a conocer a los ciudadanos del mundo la buena nueva: "América es una Religión" y el «american way of life» es la nueva liturgia religiosa. La razón de Occidente parece haber triunfado, y los países del Este han abandonado «su fantasma» —el comunismo— para permitir el paso a los «siete jinetes del apocalipsis». Y es que ya no le interesa a nadie "raptar a Europa", lo único posible actualmente es "negociarla", dominarla, y sobre todo, hacer desaparecer los últimos vestigios que su herencia intelectual aportó a los Nuevos Mundos.

Pero ¿qué significa todo esto?, ¿qué repercusiones tiene sobre el individuo?. Es indudable que "algo" ha cambiado en el mundo desde los finales de la década de los 80; la llamada desde los años 70 Sociedad Postindustrial (ver Seoane, 1988) mantiene límites difusos con la actual Sociedad Postmoderna. En esta última, la tecnología se ha convertido en un fin en sí misma, sin pretender ya resolver problemas sociales; las relaciones humanas se han desinte-

grado hasta quedar reducidas a meros «intercambios» interpersonales; los medios masivos de comunicación se han convertido en la «nueva cultura» y la posesión de dinero en la única fuente de placer. Todo ello se convierte en un escenario en el que al individuo no le queda otra función que la de «ser pasivo», dejando "pasar" a su alrededor tanto el tiempo como los acontecimientos. Las normas, creencias y estilos de vida le vienen impuestas ya no por unas estructuras sociales más o menos integradas, legítimas e inteligentes, sino por su mayor o menor pertenencia a un grupo social determinado. Grupo social que, a su vez, se constituye en función de la edad, sexo o trabajo, no por una historia o una cultura común. En esta sociedad no sólo se produce la deconstrucción del individuo (Sampson, 1989) sino que además también se pierden los límites del «mi» en relación a las creencias y valores que uno sustenta.

Dentro de este marco, la llegada del fin de la Historia no sólo significaba la necesidad de "olvidar" las interpretaciones intelectuales europeas que de la misma se hicieron, sino también y fundamentalmente la re-lectura de la misma con otras claves; claves que señalaban, por un lado, la *inutilidad* de un modo de pensar y unos valores «comunistas» que centraban en la *Justicia Social* no sólo una idea de Estado, sino también una concepción del hombre, en la que se concedía poca importancia al comportamiento individual en relación a un mejor conocimiento histórico de la sociedad y la cultura. Por otro lado, las claves apuntaban hacia la *supremacía* de un modelo capitalista centrado en el individualismo, en el que la *Libertad Individual* sirve de garantía al bienestar y satisfacción personal, olvidándose tanto de los aspectos más sociales como de la idea de un Proyecto común como comunidades etno-históricas (Smith, 1990).

Lo curioso del caso es que la «caída del muro de Berlín», como ejemplo representativo del triunfo del denominado «mundo libre», planteó asimismo nuevos dilemas. En primer lugar, la reunificación de Alemania puso de manifiesto la existencia de lazos históricos recíprocos entre sociedades que durante 45 años habían vivido en culturas distintas, produciéndose un choque entre culturas sólo superado por la idea de una «mentalidad alemana» común. En segundo lugar, al mismo tiempo que Alemania se unificaba, las repúblicas del Báltico, Yugoslavia y las Repúblicas soviéticas declaran su independencia buscando recuperar el «tiempo perdido» durante el que les fue arrebatada su identidad cultural como pueblo y nación. De este modo, mientras los gobiernos se aglutinaban en contra del enemigo común «Saddan Hussein»

—haciendo buenas las hipótesis atribucionales de que nada mejor para crear un grupo homogéneo que el tener un enemigo externo—, lo que les permitió proclamar y aplaudir la aparición del «Nuevo Orden Mundial», algunos pueblos cuestionaban esa legitimidad buscando en los distintos nacionalismos la ideología que les permita recuperar su propia identidad histórica.

Aún cuando ambos fenómenos son distintos —unificación en un caso, secesión en el otro—, se observa en ellos la misma estructura profunda: el deseo de «delimitar» (Wallenstein, 1990) claramente su propia cultura, lejos del globalismo que parece invadirnos. Y es que la muerte del comunismo ha dejado a los pueblos sin Ideología, no sólo porque éstas hayan muerto como hace tiempo señalaron algunos (Bell, 1962), sino porque la ideología capitalista se definía a sí misma, principalmente, como negación y contraposición del comunismo, con lo que el final de una implica necesariamente la desaparición de la otra. Probablemente por ello, el mundo occidental ha comenzado a cuestionarse la legitimidad del orden internacional establecido y el viejo tópico del «Nuevo Orden Mundial» vuelve a aparecer en escena.

Es cierto que la Sociedad de los 90 no se parece en "casi nada" —no podemos olvidar el auge del racismo— a la de los 40. También parece cierto que intentar mantener una hegemonía mundial en la actualidad, ya sea a través de la fuerza de las armas o del poderío económico, es prácticamente imposible; sin embargo, todo parece indicar que el poder hegemónico se puede lograr a través del proceso de *homogeneización cultural* que se está produciendo a nivel mundial. Proceso de homogeneización que se engendra a partir de los "escapes" señalados por Featherstone (1990), y que originan desde una división más creciente del conocimiento, lo que conlleva a una «difusión de responsabilidades», pasando por una tecno-racionalidad hasta un mercado de consumo masivo, lo que genera, como señala Archer (1990), un "ethos cultural hedonista" posiblemente a nivel mundial.

Son demasiados cambios para ser procesados por el individuo post-moderno —occidental—. La ciencia actual le ha proporcionado el control de la naturaleza sin necesidad de que realice ningún esfuerzo (aún cuando los movimientos ambientalistas modernos nos están comenzando a demostrar que la «domesticación de la naturaleza» nos puede costar nuestra propia supervivencia), por lo que transformó la ciencia en ideología. La tecnología le ha convencido de que preguntarse por ¿quién soy? o ¿qué puedo hacer? (ver Ibáñez, 1990) es un absurdo, cuando existen máquinas inteligentes que no sólo pueden hacer mejor lo que él hace, sino que además sustentan, en buena

medida, el modelo que uno tiene de su propia mente; todo ello sin necesidad de que el individuo tenga que esforzarse en tener un auténtico conocimiento de cómo funciona la máquina. La propia tecnología le ha permitido tener a su alcance un mercado ilimitado de productos que le ofrece hasta a domicilio, para que pueda satisfacer todos sus deseos por más íntimos que sean, teniendo en cuenta que en la cultura actual la satisfacción de deseos parece contribuir al progreso (?) humano y al desarrollo de la humanidad.

Más aún, la ciencia y la tecnología le han proporcionado una imagen del hombre como entidad determinada y objetivada, junto a un relativismo cultural que le impide valorar su propia cultura y su propia historia, ya que siempre en otro tiempo o en otro lugar "las cosas pueden ser de otra manera"; ¿para qué, entonces, el autodominio o el autocontrol? ¿para qué el conocimiento de la propia historia o de la cultura propia?. Por último, la propaganda política que se hizo de la "historia", le ha llevado a considerar no sólo que la democracia occidental es el mejor de los sistemas de gobierno posibles, sino que además es el único verdadero; de tal forma que ha perdido toda su capacidad crítica respecto a su propio sistema de gobierno siempre y cuando éste sea democrático, y sólo siente una cierta xenofobia hacia todo aquello que no sea una democracia. Actitud que quedó patente en la «Guerra del Golfo», en la que en aras de la democracia se luchó contra Irak para devolver a Kuwait un sistema democrático (?).

En definitiva, lo dicho hasta aquí se corresponde bastante bien con la *Estructura del Espacio de Creencias*, señaladas por Garzón y Seoane en 1991: *Dominio Técnico del Presente*, que agrupa tanto la importancia que actualmente tiene la racionalidad instrumental —técnica— como la carencia de una actitud histórica y cultural propia; *Formas Democráticas de vida*, que señala esa supremacía de la democracia como sistema de gobierno independientemente del contexto social, cultural e histórico en el que el individuo esté inmerso, y que lleva, como consecuencia, a un rechazo y minusvaloración a-crítico no sólo de otros posibles sistemas de gobierno sino también de todos aquellos pueblos que, por cultura, mantengan otras formas de gobierno; *Relaciones Sociales Egocéntricas*, en las que las interacciones humanas sólo se producen en tanto en cuanto suponen un «negocio» para uno mismo, olvidándose así no sólo del contexto social en el que se producen, sino también de los valores humanos que, normalmente, deben estar implícitos en cualquier tipo de relación interpersonal.

Probablemente mi visión de la historia actual es pesimista; probablemente el «Nuevo Orden Mundial», cuando se establezca, traerá un mundo de paz y cooperación internacional como se preconiza; probablemente la Nueva Imagen de Hombre, que siempre acompaña a este tipo de cambios, será mejor que la que hoy tenemos de nosotros mismos; pero mientras tanto, este es, desde mi punto de vista personal, el retrato robot del individuo que construirá el «Nuevo Orden Mundial» o, mejor dicho, que vivirá en él, porque desbordado y sin comprender los acontecimientos que en el mundo se suceden de forma excesivamente rápida, seguirá pasivamente el transcurrir de la historia sin cuestionarse siquiera que él es uno de los protagonistas de la misma.

## Referencias

- Archer, M. (1990): Theory, Culture and Post-industrial Society, en Featherstone (Ed): *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*. London, Sage
- Bell, D. (1962): *The End of Ideology*. New York, Collier
- Featherstone, M. (1990): Global Culture. An Introduction, en Featherstone (Ed): *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*. London, Sage
- Garzón, A.-Seoane, J. (1991): Estructura del Espacio de Creencias. *Boletín de Psicología*, 32, 73-91
- Ibáñez, E. (1990): Personalidad y Cultura. *Boletín de Psicología*, 29, 29-43
- Sampson, E.E. (1989): The Deconstruction of the Self, en Shotter-Gergen (Eds): *Texts os Identity*. London, Sage
- Seoane, J. (1988): Sociedad Postindustrial y Formas de Participación Política. *Boletín de Psicología*, 21, 7-27
- Smith, A.D. (1990): Towards a Global Culture?, en Featherstone (Ed): *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*. London, Sage
- Wallenstein, I. (1990): Culture in the World-System, en Featherstone (Ed): *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*. London, Sage



## PSICOLOGIA POLITICA DEL "NUEVO ORDEN MUNDIAL"

*William F. Stone*  
Universidad de Maine

---

---

Mi ciudad natal, Bangor, Maine, alcanzó una considerable importancia en los Medios de Comunicación en los meses siguientes al cese del fuego, por el desembarco de muchas de las tropas estadounidenses que volvían del Golfo Pérsico. La publicidad de la ciudad se debió a la entusiasta bienvenida que se les dio a las tropas que regresaban de la "Operación de Tormenta del Desierto". Pasquines de BIENVENIDOS A CASA fueron pegados por todo el aeropuerto; se dispuso un aparcamiento adicional para la multitud de amigos. Realmente fue una experiencia de liberación para el público implicado. Algunos verdaderamente se entregaron de lleno --especialmente las personas jubiladas y los jóvenes que tenían tiempo libre. Recibieron a cada avión durante varios meses. (En los medios informativos locales se anunciaba con anticipación la llegada de tropas).

¿Qué tienen que ver estas observaciones con el debate sobre el Nuevo Orden Mundial?. Desde mi punto de vista, son muy relevantes. Me parece que es muy importante para los psicólogos políticos analizar las motivaciones de la multitud, si de verdad el Nuevo Orden Mundial hace referencia a un Mundo en paz.

Los pacifistas durante la época de Vietnam en Estados Unidos instaron a los posibles soldados a que analizaran sus conciencias. Algunos jóvenes fijaron su residencia en Canadá o Suecia para evitar ser reclutados para el servicio militar. Una persona joven que conozco, fue requerido para sus deberes militares, después de regresar de un viaje de servicio del Cuerpo de Paz en Africa, rechazó el llamamiento por su oposición a la Guerra del Vietnam. Fue sentenciado a dos años de prisión. Una de las consignas de la década de los sesenta fue *¿Y si declaran una guerra y no vamos nadie?*. Durante la corta Guerra del Golfo no hubo prácticamente resistencia. Al contrario, la Opera-

ción de Tormenta del Desierto tuvo gran apoyo en Estados Unidos, y existió un considerable entusiasmo entre la mayoría de las familias por los héroes militares de esta guerra (si no verdadero ardor por la muerte de muchos miles de iraquíes).

La crisis del golfo Pérsico se produjo cuando yo estaba escribiendo sobre La Personalidad Autoritaria —ver el comentario de Winter (1991) a nuestro libro de próxima aparición. Acababa de leer dos sugestivos libros de Bob Altemeyer (1981, 1988) sobre el tema. Por tanto, consideré seriamente al autoritarismo como una explicación del entusiasmo de los americanos por la guerra. Estos ciudadanos muestran las tres características del autoritarismo que Altemeyer señala: Sumisión (el presidente nos dijo que teníamos que hacer esto), Convencionalismo (todo lo hacen, respetan la bandera, los uniformes y los líderes), y Agresión Autoritaria (es correcto descargar nuestra agresión en los vasallos de ese demonio, Sadam Hussein). Pero evidentemente, hay más que la respuesta popular americana a la Guerra del Golfo. Me vi obligado a pensar más sobre esta cuestión cuando fui invitado a participar en una reunión científica sobre la Crisis del Golfo Pérsico en la Universidad de Kentucky. La reunión se celebró en Marzo de 1991, justo después de que se produjera el cese del fuego. Los siguientes comentarios representan mis sentimientos en aquel momento.

### *Las lecciones de la Guerra*

En la euforia de la victoria, se suele comentar: "Los Estados Unidos actuaron correctamente al iniciar la Guerra en el Golfo" (en vez de esperar pacientemente hasta que las sanciones tuvieran efecto). Tendrá que pasar algún tiempo para poder realizar una valoración histórica, pero hay algunos efectos sociales negativos importantes con la elección de la guerra.

Uno de estos efectos negativos es la disminución de la sensibilidad humana por la tendencia en épocas de guerra a "deshumanizar a las víctimas". Especialmente en una guerra desarrollada fundamentalmente desde el aire, resulta sencillo eliminar a miles de enemigos. Durante la guerra del Vietnam, el enorme número de víctimas entre los vietnamitas fue un problema únicamente para unos pocos americanos. Esta misma indiferencia ante el número de víctimas en Irak se produce hoy. La cuestión psicológica es: ¿Cómo un pueblo civilizado apoya la matanza desproporcionada causada al pueblo iraquí?

Ken Heskin (1986), un psicólogo social irlandés especialista en el continuo conflicto entre Protestantes y Católicos en el Norte de Irlanda, encontró una tendencia universal en la guerra a traspasar las intenciones iniciales. De hecho, escribió, "es difícil encontrar ejemplos de conflictos armados entre grupos nacionales, en los que la fuerza utilizada por uno o ambos lados no haya sobrepasado lo que era necesario para resolver el conflicto, empleando un margen tan amplio que su excesivo ensañamiento es innegable. Un ejemplo de esa ferocidad excesiva es el bombardeo a soldados iraquíes al intentar huir a pie debido al inmenso atasco de vehículos que intentaban abandonar Kuwait en los últimos días de la guerra.

Otra importante lección del uso de la guerra en la solución de problemas internacionales es que tanto líderes como ciudadanos aprenden que "la guerra sirve" para resolver problemas: pero las guerras promueven más guerras y violencia colectiva. Como el poeta John Davidson escribió al comienzo de la centuria, "Y el derramamiento de sangre/ En vano --siempre en vano--/ la guerra provoca una nueva guerra". Más que ser "una guerra para acabar con una guerra" tal como deseó el Presidente Wilson, la I Guerra Mundial estableció las bases para la II Guerra Mundial. Muchos comentaristas han señalado que la Guerra del Vietnam ha contado en la respuesta de Estados Unidos a la crisis del Golfo, y así sucesivamente. Una guerra victoriosa, como la Guerra del Golfo Pérsico, indudablemente será imitada por futuros líderes. Las guerras sirven de modelos para la resolución de conflictos, y son imitadas igualmente por los que ambicionan ser líderes autoritarios y líderes democráticos. Las guerras victoriosas "producen bienestar" en los vencedores; al igual que al vencer en cualquier otro campeonato, la victoria de una guerra es una experiencia que tiende a ser repetida. Rara vez se tiene en cuenta la lección contraria: los fracasos, como el del Vietnam, representan deficiencias que deben superarse.

Otra lección más es que "la violencia es correcta". El gobierno la hace. La guerra y la brutalidad policial son dos ejemplos de "violencia legal". Se ha sugerido que las guerras pueden tener un efecto derivado en las sociedades implicadas, el de que la violencia aumenta después de que una nación ha estado en guerra. Esta idea se fundamenta en los resultados de una investigación de los sociólogos Dane Archer and Rosemary Gartner (1984), quienes realizaron un Registro Comparativo de Datos sobre Crímenes en 110 países. Se preguntaron: "¿las guerras son modelos que se imitan en la violencia posterior a la guerra?". En sus investigaciones utilizaron la variación de las tasas

de homicidios de las naciones en guerra, comparando los cinco años anteriores a la guerra con los cinco posteriores. Los resultados proporcionan un apoyo estadístico importante a la tesis de que el aumento en las tasas de homicidio pueden lógicamente ser atribuidas a que la guerra se convierte en un modelo para las relaciones humanas.

A modo de ejemplo, citaré resultados de la experiencia de la Guerra del Vietnam en Estados Unidos. La tasa de homicidios en U.S. en 1963 fue del 4,5 por 100.000 habitantes. Al final de la guerra (1973) la tasa de homicidios se había duplicado (9,3 por 100.000). Un ejemplo más: Noruega, que no estuvo implicada en la I Guerra Mundial, tuvo un descenso del 37% en la tasa de homicidios desde la pre-guerra hasta la post-guerra. Durante la II Guerra Mundial, cuando Noruega fue ocupada por el ejército nazi, y organizaron una fuerte resistencia clandestina a esta ocupación, la tasa de homicidios aumentó en un 65%

Archer y Gartner concluyeron que las guerras sirven para producir un legado cada vez mayor de homicidios, un incremento que no puede ser atribuido a los veteranos violentos (en parte debido a que muchos jóvenes del grupo de edad más propenso a la violencia mueren en la guerra). Así pues, la guerra nos enseña que la violencia es una forma de resolver problemas; como ejemplo de violencia legítima, la guerra proporciona modelos de gran importancia para los homicidios que cometen los individuos.

De los modelos sociales aprendemos violencia y pacifismo, agresividad y afabilidad. Archer y Gartner sugieren que "el gobierno --a causa de su inmensa autoridad y recursos-- se convierte en el modelo más potente de todos". Del mismo modo, el juez Louis Brandeis, en 1928, señaló que nuestro gobierno es el profesor poderoso y omnipresente. Para lo bueno y para lo malo, con su ejemplo enseña a todas las personas".

Por tanto, un Nuevo Orden Mundial conseguido a punta de pistola no será un orden mundial pacífico, sino más de lo mismo que hemos conocido durante cientos de años. Sin embargo, si lo despreciamos es posible negociar con oponentes indignos, que es la única forma en la que se puede conseguir realmente un mundo pacífico.

## Referencias

- Altemeyer, B. (1981). *Right-wing authoritarianism*.  
Winnipeg: University of Manitoba Press.
- Altemeyer, B. (1988). *Enemies of freedom: Understanding right-wing authoritarianism*.  
San Francisco: Jossey-Bass.
- Archer, D.,-Gartner, R. (1984). *Violence and crime in cross-national perspective*.  
New Haven: Yale University Press.
- Heskin, K. (1985). Political violence in Northern Ireland.  
*Journal of Psychology*, 119, 481-494.
- Stone, W.F.-Lederer, G.-Christie, R. (in press). *Strength and weakness: The Authoritarian Personality today*.  
New York: Springer-Verlag.
- Winter, D. (1990). Teoría e investigación sobre el Autoritarismo: Estado actual y perspectiva futura. Comentario al libro (en prensa) de W.F.Stone-G.Lederer-R.Christie (Eds.): *Strength and Weakness: The Authoritarian Personality Today*. Springer-Verlag.  
*Psicologia Política*, No. 1, 111-116.